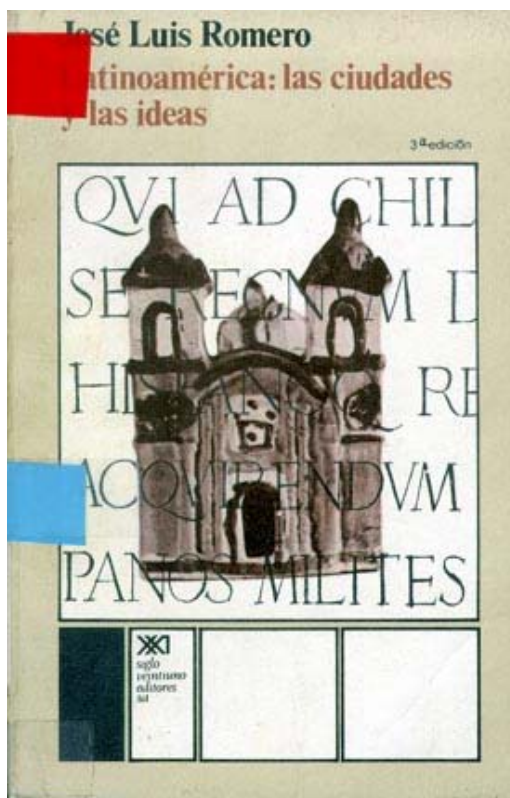


Latinoamérica: las ciudades y las ideas

José Luis Romero



Primera edición, junio de 1976
Cuarta edición, primera reimpresión
argentina, 1986
© Siglo XXI editores s.a.
Impreso en Argentina

Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

INDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. LATINOAMÉRICA EN LA EXPANSIÓN EUROPEA	21
1. La primera expansión europea hacia la periferia	22
2. El papel de las ciudades en la expansión hacia la periferia	27
3. Actitudes señoriales y actitudes burguesas	29
4. El ajuste de la sociedad feudoburguesa	31
5. La segunda expansión europea hacia la periferia	34
6. Las sociedades que crearon los imperios	38
2. EL CICLO DE LAS FUNDACIONES	45
1. Las ciudades y las funciones preestablecidas.....	47
2. Los grupos urbanos originarios	57
3. El acto fundacional	61
4. La mentalidad fundadora	64
3. LAS CIUDADES HIDALGAS DE INDIAS	69
1. La formación de una sociedad barroca	73
2. Los procesos políticos	80
3. Hidalguía y estilo de vida	84
4. De la traza desnuda a la ciudad edificada	99
5. De la mentalidad conquistadora a la mentalidad hidalga	108
4. LAS CIUDADES CRIOLLAS.....	119
1. Vieja y nueva economía	121
2. Una sociedad criolla	123
3. La nueva fisonomía urbana	137
4. Reformas y revoluciones	150
5. Las burguesías criollas: ilustración y cambio	159
5. LAS CIUDADES PATRICIAS	173
1. La ciudad y el campo	176
2. Burguesías y patriciados	197
3. La lucha por las ideologías	205
4. Vista de la ciudad	217
5. Una convivencia acriollada	227
6. LAS CIUDADES BURGUESAS	247
1. Transformación o estancamiento	250
2. La movilidad de las sociedades urbanas	259
3. El ejemplo de Haussmann	274
4. La cotidiana imitación de Europa	283
5. Tensiones y enfrentamientos	300
6. El apogeo de la mentalidad burguesa	307
7. LAS CIUDADES MASIFICADAS	319
1. La explosión urbana	322
2. Una sociedad escindida	331
3. Metrópolis y rancheríos	349
4. Masificación y estilo de vida	363
5. Masificación e ideología	378
ÍNDICE DE AUTORES CITADOS	391

1. LATINOAMÉRICA EN LA EXPANSIÓN EUROPEA

Hasta fines del siglo XV, las poblaciones aborígenes americanas habían desarrollado su propia cultura y constituían un mundo autónomo. Pero a partir de la llegada de los europeos el mundo aborigen se tornó dominado en su conjunto y empezó para América una nueva era, cuyo primer signo fue la formación de nuevas sociedades integradas por los invasores y los dominados, por europeos y aborígenes.

El proceso de constitución de esas nuevas sociedades fue, al mismo tiempo, un proceso de la historia de las sociedades aborígenes y de las sociedades europeas. Pero eran éstas las que habían tomado la iniciativa, las que desempeñaron el papel activo, las que orientaron en su favor el curso del proceso. La aventura americana le ocurrió a las dos culturas, pero el proceso fue desencadenado por Europa, como un eslabón de la transformación profunda que se venía operando en ella hacía siglos, y cuyas consecuencias repercutieron en varias regiones ajenas hasta entonces al mundo europeo. Esta vez le tocaba a América.

Cuando el proceso de formación de nuevas sociedades era ya un problema americano, todavía seguía siendo, desde otro punto de vista, un problema europeo. Fue la sociedad europea la que condicionó la invasión, la que imprimió sus caracteres a los protagonistas, la que fijó los objetivos de la empresa, la que proyectó hacia América sus viejos problemas. El mundo americano y sus sociedades nativas vieron llegar a los invasores sin entender qué sucedía, porque su llegada y su comportamiento no tenían lógica dentro del proceso americano: era una fuerza que llegaba de fuera y operaba según su propia ley. Para las sociedades europeas, en cambio, la invasión de un mundo ajeno estaba dentro de la lógica de su propia transformación.

Esta doble focalización del proceso influyó sobre su complejidad. A partir de cierto momento empezó a manifestarse como específicamente americano. El proceso se radicalizó y sus protagonistas comenzaron a operar según la ley interna de la nueva situación. Pero hasta entonces, y durante largo tiempo, había formado parte de la historia de las sociedades europeas que, movidas por ciertas tendencias incontenibles, sobrepasaron sus propios límites e iniciaron una era de expansión. Es en ese proceso de expansión europea donde se insertó el primer extremo del proceso de formación de Latinoamérica; y como la expansión no fue sino el resultado de una larga serie de cambios, es en éstos donde debe buscarse la clave de las actitudes que signaron aquella formación.

1. LA PRIMERA EXPANSIÓN EUROPEA HACIA LA PERIFERIA

En rigor, la expansión oceánica del siglo XV no es sino una segunda ola que repite, con más amplio radio, otra que había comenzado casi cuatro siglos antes. Pero ésta de fines del siglo XI, que dura hasta principios del XVI, está en la génesis del proceso de cambio y por eso revela inequívocamente la peculiaridad del proceso expansivo.

El viejo núcleo de la Europa romana había sufrido a lo largo de los siglos sucesivas crisis que modificaron su fisonomía. Su propia división interna inició la destrucción de la vasta unidad en la que se encuadraba la economía mediterránea; las invasiones germánicas primero y el dominio de los musulmanes en el que había sido el mar romano concluyeron la obra. El sistema mercantil se quebró, las ciudades y la vida urbana cayeron en plena decadencia, y en poco tiempo toda el área adquirió una fisonomía fuertemente rural. Es allí, en el viejo núcleo de la Europa romana, y después del cierre del comercio mediterráneo en el siglo VIII, donde se constituyó poco a poco la sociedad cristiano feudal —una sociedad dual de *milites et rustici*— en la que se ordenó la situación creada por tantas y tan profundas circunstancias. El señorío económicamente autosuficiente fue la expresión de su estructura económica, como la monarquía feudal, ejercida por un rey que era *primus inter pares*, fue la expresión de su estructura política. Para el siglo XI esa sociedad estaba sólidamente constituida.

Incomunicada y débil, asentada en la trascendencia y desdeñosa de la realidad, la Europa feudal, en plena impotencia técnica, estaba rodeada de una periferia amenazadora. Los musulmanes, los normandos, los eslavos, los húngaros aparecían repetidamente sobre sus zonas marginales para depredarlas y ocasionalmente para instalarse en ellas, incursionando a veces hacia el interior del área. Pero la situación empezó a cambiar hacia el siglo XI. Los invasores de la periferia perdieron agresividad y, entretanto, densos grupos comenzaron en la Europa feudal a tratar de restablecer la actividad mercantil.

Quizá el más espectacular de los cambios fue el que se produjo en el Mediterráneo. Divididos y exhaustos, los musulmanes cedieron posiciones, y desde diversas regiones cristianas occidentales aparecieron grupos que se propusieron hostigarlos hasta el fin. Las cruzadas aceleraron y concluyeron el

proceso, abriendo otra vez el tráfico mediterráneo al comercio entre el Levante y el Occidente y en muy poco tiempo las consecuencias de este cambio se hicieron patentes.

La apertura del Mediterráneo al comercio de los reinos cristianos suscitó no sólo una actividad intensa en sus orillas, basada en el comercio de productos de lujo, sino que suscitó también una intensa actividad continental a través de las rutas troncales —fluviales en su mayoría— y luego a través de las secundarias que se internaban en todos los rincones. Y no fueron ya los artículos orientales los únicos que circularon, sino que sobre las mismas rutas del gran comercio comenzó a organizarse la del pequeño comercio interregional: el de la sal, el vino, el aceite, los paños, las pieles, las maderas, la cera. Y además, el de los géneros alimentarios y las pequeñas manufacturas locales.

Pero alguien debía ocuparse de todo esto. Desde fines del siglo X, en algunas regiones, pero, sobre todo, desde el siglo XI, una clase nueva comenzó a constituirse: la burguesía, modesta, casi insignificante al principio, cada vez más próspera a medida que se ordenaban los mercados y se regularizaban los negocios. Ni *militēs* ni *rustici*, los burgueses fueron en rigor hombres nuevos; una nueva moral, una nueva idea de la vida, una nueva actitud frente a la realidad los identificaría muy pronto como un grupo social de caracteres totalmente nuevos. Su ámbito natural fueron las ciudades, que ellos vivificaron algunas veces y otras levantaron como escenario natural para sus actividades y su forma de vida.

Hubo una verdadera explosión urbana. Innumerables aglutinaciones, pequeñas acaso pero pujantes, aparecieron esparcidas por los campos, a las orillas de los ríos o del mar, sobre el borde o en el cruce de los caminos, al lado de las murallas de una abadía o un castillo. También despertaron muchas antiguas ciudades adormecidas, poblándose y sumándose a las nuevas formas de actividad. En el seno de los señoríos las nuevas sociedades urbanas mostraban inequívocamente una actitud heterodoxa, aun cuando no se suscitaran enseguida enfrentamientos como los que se producirían más tarde. Pero la actividad misma era peligrosa: iniciaba la transformación de los lazos de dependencia económica y social, abría nuevas posibilidades para las nuevas generaciones, activaba la formación de una economía monetaria.

Por otra parte, la ciudad no sólo satisfizo ciertas aspiraciones de los nuevos grupos: la seguridad, la libertad; también puso en funcionamiento un mercado —un espacio libre donde se encontraban vendedores y compradores bajo la garantía de un poder— y muy pronto puso en funcionamiento una economía de mercado. La ciudad fue, pues, no sólo la forma de vida adoptada por las nuevas sociedades que se constituían, sino que demostró ser el más activo instrumento de cambio del sistema de relaciones económicas y sociales. Y no sólo eso. El mercado que congregaba a vendedores y compradores se convirtió en un foro en el que los miembros de la nueva sociedad comenzaron a dialogar, a cambiar opiniones, a uniformar actitudes a partir de la crítica del comportamiento ajeno, a elaborar normas e ideas, a delinear proyectos. Uno de esos proyectos pudo ser —y lo fue— el de sobrepasar los límites del mercado urbano para acrecentar las ganancias.

En rigor, estaba en la esencia del nuevo estilo económico una evolución semejante. El mercado mostraba el juego de la oferta y la demanda, y recogía muy sensiblemente las posibilidades que se ofrecían para su ámbito. Multiplicar el lucro sólo requería estar presente en otros mercados.

Multiplicar el lucro era un objetivo económico, propio de las nuevas burguesías. Pero conquistar otros mercados podía ser una empresa superior a sus fuerzas y, sobre todo, ajena a sus aptitudes. Era una conquista. Así, muy precozmente, a fines del siglo XI quedó esbozado un cuadro de confusas relaciones entre las burguesías y los señores, quienes tomaron a su cargo la empresa de la expansión del núcleo burgués europeo.

Por sobre las rutas de conquista de los invasores, los señores iniciaron el camino de la reconquista. Quizá las más importantes fueran las del Mediterráneo, por el que se comunicaban regiones bien conocidas entre sí como de economía complementaria. La cruzada demostró que podía volver a ser navegado y que en las costas del levante quedaban establecidos centros abiertos al comercio europeo. Los señores labraban reinos y ducados, pero tras ellos —o con ellos— llegaban los mercaderes que inauguraban un activo tráfico comercial. Pisanos, genoveses, normandos, ingleses, venecianos, se hicieron fuertes en las nuevas bases mercantiles como Jaffa, Acre, Biblos, Constantinopla misma después de la más extraordinaria aventura de francos y venecianos concertada con el nombre de cruzada.

Así recuperó el Mediterráneo el papel económico que había tenido durante siglos. Las viejas ciudades despertaron de su sueño señorial para movilizar sus recursos y, al tiempo que surgían, irrumpieron como nuevas sociedades burguesas con irreprimita fuerza creadora, que se manifestaba tanto en los audaces proyectos con que se volcaban para afuera como en las formas de vida que se daban a sí mismas. Era como un renacimiento romano al que en cierto modo servía el mundo musulmán de la costa africana, complementando y diversificando sus posibilidades.

Pero la reactivación del Mediterráneo no se redujo a sus costas. Desde ellas partían las rutas que transportaban los productos que iban o venían a sus puertos; y en ese tráfico innumerables ciudades, grandes y pequeñas, recogían beneficios que activaban sus propios circuitos comerciales, más restringidos. De todos modos, el área mediterránea no era ya la única que interesaba a ese mundo que se había constituido después de las invasiones germánicas y que avanzaba hacia el Atlántico y el centro y norte de Europa.

Sobre las rutas de invasión de los normandos habían surgido ya innumerables centros comerciales conectados entre sí dentro del ámbito del Mar del Norte y la costa atlántica. Era una zona surgida y organizada en la época carolingia y en la que siguió a la disolución de ese imperio, de modo que carecía de tradición romana. La producción, la circulación y el consumo de bienes se desarrollaron en ella según el juego de las nuevas circunstancias, y al cabo de poco tiempo estaban en intenso funcionamiento en áreas muy extensas que llegaban no sólo hasta el norte de Alemania sino mucho más allá a través del mar Báltico y aun de rutas que partían de sus orillas hacia el interior y se internaban en Rusia y Polonia. Como la del Mediterráneo, esa expansión tuvo algo de espontánea, en cuanto fue promovida por núcleos de mercaderes, y algo de sistemática. Los señores acompañaron el proceso económico; y mientras el Hansa Germánica organizaba el mecanismo del tráfico internacional, daneses, ingleses y normandos dieron los pasos necesarios para unificar políticamente el área creando una estructura de poder dentro de la cual se moviera la nueva corriente económica. Fue más extensa, sin embargo, la red comercial del Hansa que el ámbito que los señores consiguieron organizar políticamente, quizá porque fue más fluida; del mismo modo que en el Mediterráneo no llegó a constituirse ningún poder político que encuadrara el fluido sistema económico de las grandes ciudades como Génova, Barcelona o Venecia.

Hacia el este, fueron los señores y los mercaderes alemanes los que comenzaron la marcha expansiva más allá del Elba. Jefes de las regiones fronterizas cuya ocupación había que asegurar, los señores fundaron ciudades —Stettin, Lübeck, Rostock, Riga— y obtuvieron el apoyo de la Iglesia y de los inmigrantes alemanes. Mercaderes muchos de ellos, se incorporaron en esas regiones —y en otras, como Bohemia y Hungría— a las nuevas ciudades y a las ya existentes como un grupo mercantil y acaso artesanal. También eventualmente ocuparon tierras. Y entre las zonas cuyo desarrollo mercantil promovían y las antiguas ciudades alemanas se suscitaba un intenso tráfico que extendió la enorme red de la nueva Europa.

Entretanto, en el extremo opuesto, grupos cristianos obligaban a retroceder a los musulmanes en la península ibérica. En la costa mediterránea la expansión desde Cataluña liberaba buena parte de la costa levantina; en la costa atlántica, entretanto, se recuperaba Portugal; y desde el pequeño reino de Asturias se fueron ocupando y repoblando los valles del Duero y del Tajo hasta que Fernando III penetró en Andalucía y redujo a los musulmanes al reino de Granada. Esta frontera viva entre cristianos y musulmanes fue la única que subsistió en una Europa en la que el tráfico mercantil había alcanzado una gran fluidez.

2. EL PAPEL DE LAS CIUDADES EN LA EXPANSIÓN HACIA LA PERIFERIA

En este proceso de expansión hacia la periferia las ciudades cumplieron un papel singular, tan importante que cristalizó en una experiencia destinada a tener vasta repercusión.

La ola expansiva fue contemporánea de la explosión urbana y, en rigor, los dos fenómenos fueron uno solo. Al crecimiento demográfico de las ciudades y a su reactivación económica acompañó una tendencia a sobrepasar los límites del mercado urbano. Fue necesario contar con los señores que encabezaron la empresa militar, pero todos comprendieron que sin esas ciudades activadas por la burguesía, ni la empresa hubiera sido posible ni hubiera tenido sentido. Sólo la nueva economía permitía desplegar el aparato necesario para alcanzar objetivos tan distantes y tan difíciles; pero sólo la nueva economía justificaba esas empresas que, gracias a ella, se tornarían extremadamente fructíferas. La expansión periférica fue la tarea que las burguesías urbanas propusieron tácitamente a las clases señoriales, esbozando un ajuste entre dos grupos que, en rigor, funcionaban de manera distinta. Pero de allí en adelante procurarían encontrar un entendimiento y así se constituyó una sociedad feudoburguesa.

Pero la ciudad no fue sólo el instrumento que hizo posible la expansión hacia la periferia: fue también el instrumento que se decidió usar para consolidar la expansión y para asegurar sus frutos. El señor y sus guerreros constituían la vanguardia de una columna mixta en la que se entrecruzaban combatientes, mercaderes y eclesiásticos. La vanguardia llegaba a destino y cumplía la primera parte de la operación: Balduino o Bohemundo, Adolfo de Hollstein o Enrique el León, Alfonso VI o Jaime I. Conquistado el señorío, una vasta operación mercantil comenzaba. Si la región adquirida era despoblada, la ciudad surgía,

fundada formalmente, como Lübeck o Riga, o repoblándose las abandonadas como Zamora o Astorga, para constituir simultáneamente un baluarte militar y una factoría. La muralla y el mercado eran los símbolos de estas dos funciones que la ciudad comenzaba a cumplir. Si el combatiente aseguraba un tipo de relación entre la ciudad y la región —el dominio militar y político—, el mercader aseguraba otro que consistía en organizar la economía regional alrededor del mercado urbano. Y entretanto, la ciudad, rica y guarnecida, aseguraba la cohesión y la seguridad del grupo conquistador. Si, por el contrario, la región adquirida era poblada, como en el caso de Palestina, Asia Menor o Andalucía, combatientes, eclesiásticos y mercaderes entraban en las ciudades conquistadas, ocupaban los primeros los bastiones y las defensas, los religiosos, los templos y los mercaderes empezaban a tomar, simplemente, los hilos de la compra y la venta, todos aprovechando la infraestructura existente para revertir sus efectos, neutralizando la influencia de los antiguos dominadores y multiplicando la propia para asegurar la cohesión, la seguridad y los beneficios del grupo. Así hicieron los cruzados en Palestina, confiándole a pisanos, genoveses o venecianos la explotación de los negocios que se anudaban en cada ciudad y los que podían anudarse con las ciudades occidentales; y así hicieron los conquistadores hispánicos que entraron en Toledo, Lisboa, Sevilla o Córdoba.

La experiencia de los que, habiendo olvidado la estrategia militar antigua, sólo conocían las formas de la guerra señorial, confirmó —o redescubrió— una bien conocida verdad de los antiguos acerca del papel de la ciudad como avanzada en las regiones conquistadas. La ciudad fue, para los caballeros, como un castillo, con sus murallas y torreones, sus fosos y sus puertas, esto es, un baluarte; pero, además, fue para ellos y para los mercaderes que los acompañaban, un recinto cercado dentro del cual funcionaba un mercado y solía haber calles diversas en las que se abrían tiendas y talleres, y acaso las moradas de los prestamistas que financiaban algunas arriesgadas y promisorias empresas. Para los hombres de iglesia, además, la ciudad era, no sólo fortaleza y mercado, sino también centro de catequesis para los infieles y centro de vigilancia para la fe de los recién llegados, siempre susceptibles de debilidades cuando estaban fuera del control social a que estaban sometidos en sus lugares de origen. Era, pues, la ciudad un instrumento perfecto de dominación; naturalmente, para quien dominara la ciudad. Y quienes dominaron las ciudades establecidas, repobladas u ocupadas en el período de la primera expansión del núcleo europeo hacia la periferia, entre los siglos XI y XIII —señores, clérigos y burgueses—, multiplicaron su eficiencia gracias a la compacidad del grupo y a la concentración de fuerzas que ello significaba. Gracias a eso, la primera expansión quedó firme y, con algunas modificaciones, el área sometida e incorporada se mantuvo definitivamente. Esta lección no sería olvidada.

3. ACTITUDES SEÑORIALES Y ACTITUDES BURGUESAS

El mecanismo de la colaboración señorial y burguesa, que comenzó a funcionar fluidamente con motivo de la primera expansión hacia la periferia, siguió perfeccionándose con el tiempo. Fue establecido en los hechos, sin teorías, como resultado de las limitaciones que cada una de las clases veía en sus posibilidades, y con esa claridad que otorgan las etapas primigenias de los procesos, en los que todavía los hechos pueden discernirse fácilmente sin la interferencia de interpretaciones ideológicas. Para lanzar la expansión europea —que es el primer eslabón en el desarrollo del capitalismo— las dos clases se buscaron para complementarse, con prescindencia de lo que cada una representaba y tratando de sumar en un mismo esfuerzo las actitudes diversas y aun antitéticas.

Ciertamente, tanto la vieja como la nueva clase tenían sus propias concepciones de la vida, bien definidas las dos, aunque la de la burguesía no estuviera para esta época tan acabadamente formulada como la de la clase señorial. Y en lo fundamental eran antitéticas; pero constituían una antítesis que, como todas las fundamentales, sólo se manifestaba al extremar el análisis y alcanzar los últimos fundamentos y las últimas consecuencias de sus términos. Entretanto las actitudes pragmáticas permitían amplias coincidencias, y uno de los rasgos de la naciente sociedad feudoburguesa —y de la correspondiente cultura feudoburguesa— fue sortear hasta donde fuera posible un análisis extremado de los hechos para evitar un enfrentamiento en el terreno de las cuestiones últimas.

La clase señorial tenía una concepción trascendente de la vida y creía en el fundamento sobrenatural de todo el sistema de relaciones vigentes en el mundo. No fue siempre así, ciertamente, pero llegó a serlo en el período que transcurre entre la crisis del imperio carolingio y el siglo XI. Poseedora del poder, era también poseedora de la tierra, un bien de producción sin duda, pero cuya significación sobrepasaba largamente los límites de sus funciones económicas en la sociedad feudal. Lo característico de la óptica señorial fue, precisamente, que consideró la riqueza en tierras como algo que el poder le otorgaba por

añadidura: el poder primero y la riqueza después, como efectivamente había ocurrido puesto que la posesión de la tierra reconocía como fundamento último el derecho de conquista.

La clase burguesa, en cambio, nació con una concepción inmanente de la vida, o si se prefiere, naturalística y profana. Marcadamente agnóstica, no se esforzó en declarar su pensamiento y sólo lo hicieron ocasionalmente los pensadores y los artistas que fueron su conciencia. Pero sus actitudes lo revelaban, aun cuando practicó el enmascaramiento de los fines últimos que perseguía con una sabia hipocresía. No había nacido al calor de una vasta aventura de conquista y poder como la clase señorial, sino en el seno de la estructura feudal que ésta creó; y surgió aprovechando una fractura para escapar de su total dominio, constituyendo a su vez una subestructura dependiente en principio pero que demostró fuertes posibilidades de independizarse. La palanca para forzar su emancipación fue el dinero, y la subestructura dependiente que constituyó fue una economía monetaria. Así alcanzó la riqueza. Pero lo característico de su óptica fue que se centró en la riqueza, y se imaginó que el poder era algo que la riqueza podía dar por añadidura, aun sin negar que pudiera obtenerse por otra vía, como lo demostraba palmariamente la experiencia de la clase feudal. La burguesía pensó, pues, que, al menos para ella, la riqueza era primero y el poder después, como efectivamente constaba a su experiencia a través de lo que ocurría con las nuevas sociedades patricias.

En el ejercicio de la colaboración señorial y burguesa a través de las campañas de la primera expansión europea, fue evidente que estas dos concepciones confluyeron sin excesivos choques. Las clases señoriales propusieron los fines trascendentes: la misión religiosa en primer lugar, y la gloria que perseguían los guerreros. Luego admitieron otras finalidades más concretas: el poder, bajo la forma de creación de nuevos señoríos, ya imposibles en el núcleo europeo. Pero cuando la clase señorial decía "el poder" quería decir "el poder y la riqueza". Así constituyó los señoríos, se posesionó de la tierra y trató de obtener todos los beneficios que se obtenían de la tierra feudal. Pero no iban solos. Los burgueses asentían a los fines trascendentes declarados, y consentían en colaborar para alcanzarlos. Sin embargo ellos sabían que cuando la clase señorial decía "el poder", quería decir "el poder y la riqueza", y se apresuraron a deslindar sus papeles: apoyar la formación de los señoríos, dejar correr la organización que el señor quisiera establecer en la tierra ocupada, intervenir en la creación y el desarrollo de toda esa otra riqueza que no era, en principio, poder, —la riqueza mueble, monetaria— cediendo a sus aliados lo imprescindible para que se sintieran beneficiarios de la empresa, pero explotando a fondo las posibilidades que les daban sus recursos, esto es, los de esa subestructura de la economía monetaria, que por entonces montaba la burguesía internacional a través de la vasta red del mundo urbano.

En rigor, así nació en los hechos el capitalismo: con la primera expansión europea hacia la periferia y con el primer ensayo de complementación de objetivos y de aptitudes de la clase señorial y la clase burguesa. Este esquema se hará cada vez más sutil y complejo; pero no variará en lo fundamental. Las sociedades feudoburguesas lo consolidarán durante el periodo de retracción de los siglos XIV y XV en que ellas mismas se consolidan. Y cuando empieza la segunda expansión europea —la oceánica del siglo xv— el esquema volverá a funcionar como cuatro siglos antes, cada vez más sutil, cada vez más complejo, en el fondo el mismo.

4. EL AJUSTE DE LA SOCIEDAD FEUDOBURGUESA

El primer ciclo de expansión de la economía urbana dura desde el siglo XI hasta principios del XIV. Es un período de intensos cambios económicos y sociales. La burguesía hace sucesivos experimentos: explora mercados, elige los productos de cada sector de intercambio, monta diversos tipos de organización mercantil y financiera; y alternando los éxitos con los fracasos termina por lograr un orden económico más o menos estabilizado. En esos experimentos, las burguesías de las diversas ciudades sufrieron muchas alternativas. Grandes fortunas se desplomaron y otras nuevas trataron de remplazarlas, representadas siempre por el gran triunfador del día, acaso el caído de mañana. Pero como conjunto, la clase burguesa también se fue ordenando y estabilizando a lo largo de esos experimentos. Se constituyeron los patriciados locales, los grupos que precozmente acumularon riqueza y poder y aceptaron encabezar la lucha de la nueva sociedad contra el viejo orden jurídico y político, con el fin de obtener el sistema de garantías y franquicias necesarias para el ejercicio de las nuevas actividades mercantiles. La comuna, los fueros, los estatutos y las cartas fueron los objetivos perseguidos, a veces a través de verdaderas revoluciones que suponían ideas muy claras y mucha fuerza por parte de los demandantes, mucha debilidad de los demandados y, en todo caso, una fractura importante en la estructura tradicional. Generalmente el patriciado obtuvo lo que deseaba; y si no lo obtuvo a través de enfrentamientos lo logró por graciosa e interesada concesión del señor, o acaso

mediante el pago de una fuerte suma. Pero a medida que obtenía riqueza y poder, logró en casi todas partes el *status* jurídico que le convenía, a través del cual reordenó la nueva sociedad urbana asegurándose en ella la preeminencia.

A partir de principios del siglo XIV comenzó cierta retracción que se acentuó después de la peste negra en 1348. Todo se hizo difícil, empezando por la obtención de mano de obra artesanal. Hubo hambres, epidemias y carestías en todo el ámbito de Europa y el Mediterráneo. Un proceso de reajuste de la nueva sociedad y la nueva economía empezó entonces y se manifestó en todos los órdenes de la vida.

El mismo poder real entró en una crisis grave. En busca de la centralización del poder había enfrentado a las aristocracias apoyado generalmente en las burguesías; pero el proceso se complicó y los intereses en juego —moviéndose entre las viejas y las nuevas ideas— suscitaron conflictos interminables: guerras dinásticas, luchas civiles, conjuraciones palaciegas. Pero hubo un signo común: la monarquía, tratando de ajustarse a la nueva sociedad, buscó el control de todos los resortes del poder. En el fondo había una tensión inevitable entre burguesía y feudalidad, y las alternativas del enfrentamiento se manifestaron de muchas maneras. Hubo desafíos frontales, como el de Etienne Marcel y los Estados Generales de París, en 1366, que dibujaron prematuramente un modelo de estado moderno parlamentario. Pero tras los esporádicos conflictos frontales, burguesía y feudalidad trataron de aliarse, sobre todo para contener la creciente movilidad social: para fines del siglo xv lo habrán conseguido en casi toda Europa, sin perjuicio de que grupos de uno y otro lado se resistieran al pacto. Así quedó constituida la sociedad feudo-burguesa, la que ensayará la segunda expansión europea más allá del océano en el siglo xv, la que constituirá el sustento del mundo moderno hasta el siglo XVIII.

Sin duda, el patriciado siguió buscando el apoyo de las clases señoriales para sus grandes empresas económicas cuando implicaban un problema territorial y político. Y sin duda, las clases señoriales trataron de aproximarse a los sectores burgueses que intuían los negocios, descubrían las oportunidades, imaginaban los medios, disponían de los capitales. Cada negocio concreto —a partir de la *commenda*— aproximaba al rico y al noble. Luego estaban las alianzas matrimoniales, la señorialización de tal o cual burgués, el aburguesamiento de tal o cual señor. El lujo dispendioso del patricio enriquecido lo acercó por el modo de vida al noble; la mediocridad económica del aristócrata empobrecido lo hizo descender a una modesta burguesía. Y los escalones intermedios de tan sutil y compleja escala terminaron por crear una gama muy tenue en el sector de las clases altas, dejando quizá de lado cierta gran nobleza cortesana.

Quedó por debajo toda una vasta y diferenciada masa de clase media y clase popular, urbana y rural, que sufrió todos los embates de esa contracción social y económica de la que resultó el reajuste de las situaciones sociales. Fue la que más sufrió las pestes, las hambrunas, la que pagaba los gastos suntuarios, la que absorbía las pérdidas de los empresarios, la que no alcanzaba a obtener participación política en ningún nivel o la perdió rápidamente si alguna vez llegó a tenerla. Esas clases se rebelaban a veces en grandes sublevaciones campesinas o en grandes motines urbanos. Pero eran inexorablemente vencidas y, en el mejor de los casos, sirvieron de instrumento para el ascenso de afortunados aventureros. La Europa de los siglos xiv y xv ofreció el espectáculo de la impotencia de las clases medias y populares, que alcanzó también a los estratos inferiores y quizá medios del bloque feudoburgués.

Entretanto, también se fueron ajustando las relaciones económicas. Los primeros pasos del capitalismo desembocaron en una definida política mercantilista: era la concepción burguesa, la que conducía al pacto. Su núcleo fue la convicción de que sin algún apoyo de la estructura no se podía luchar contra la estructura. O dicho de otro modo: la ampliación del horizonte económico, con la previsible multiplicación de las ganancias, implicaba riesgos y dificultades que no se podían sobrepasar sin el apoyo del poder político. Cuando las burguesías urbanas quisieron integrar un mercado regional para extender sus posibilidades, descubrieron que necesitaban el apoyo de un señor territorial que, eventualmente, afrontara una guerra. Y cuando empezaron a pensar en mercados más extensos aún, allí estaba el monarca o el gran duque que se sentía feliz de brindar protección a tan lucrativa actividad. Los burgueses de las comunas va no contaban: era necesario ser burgués del rey, esto es, del mercado nacional. Era un trueque de servicios que se complementaban: los Bardí en el siglo XIV, como los Fugger en el XVI, financiaban el poder real.

5. LA SEGUNDA EXPANSIÓN EUROPEA HACIA LA PERIFERIA

A medida que se perfeccionaba el ajuste de la sociedad feudo-burguesa se procuró extremar el aprovechamiento de todas las posibilidades que ofrecía el área económica constituida tras la primera expansión hacia la periferia. Pero las posibilidades no eran infinitas ni inagotables. Tras la explosión

demográfica del siglo XI se estancó el crecimiento de la población y hubo luego una acentuada retracción desde mediados del siglo XIV. Las sociedades quedaron fijadas y los mercados limitados. Por lo demás las crisis políticas y sociales adquirieron tremenda intensidad y tornaron inseguras o impracticables las rutas, a lo largo de las cuales los mercados se retrajeron. Cada circuito local intensificó su actividad, pero los grandes circuitos sufrieron las consecuencias de los enfrentamientos entre las áreas que se delimitaban trabajosamente a lo largo de duras contiendas. ¿Se organizaría finalmente el estado borgoñón? ¿Dominaría el reino francés la costa atlántica? ¿Conservaría Inglaterra su influencia en Flandes? ¿Se unificarían los estados del Báltico? ¿Lograría unidad interna el Imperio? ¿Prosperarían los reinos de Hungría, Bohemia o Polonia? ¿Sería Barcelona un principado independiente? ¿Unificarían sus intereses Castilla y Aragón? Todo el mapa político de Europa estaba cuestionado, pero tras ese cuestionamiento estaba el de los grandes circuitos económicos, el de la posibilidad de lograr nuevas áreas de influencia, el de controlar ciertas rutas. La economía europea entró en un período de estancamiento.

La más prometedora posibilidad era la del comercio que traficaba con los productos orientales. Desde antes de la primera cruzada, los venecianos habían descubierto la posibilidad de introducirse en el sistema del comercio oriental. En realidad fueron los adelantados de la primera cruzada. Y una vez que los cruzados hubieron logrado establecer señoríos y controlar puertos, ese comercio se multiplicó sobre la base de productos naturales —exóticos para los occidentales— y de la refinada artesanía.

Poco a poco se diferenciaron dos nociones. El Oriente significaba, sobre todo, el lujo, según una inextinguible tradición que remontaba a la época romana; pero poco a poco se percibiría que lo que llegaba del Oriente no eran tan sólo objetos elaborados dentro del cuadro de una cultura refinada y diferente, sino también productos que provenían de una naturaleza extraña, desconocida en Europa, como el azúcar y las especias: de la imprecisa y sugestiva noción que evocaba el mundo del Oriente empezó a desprenderse la imagen del mundo tropical.

A lo largo del siglo XIII ese comercio había prosperado y las ondas de su expansión se advertían en toda Europa. Era, en realidad, el gran comercio internacional. Cabía activarlo, y ante las noticias que llegaban acerca de los cambios que se habían producido en el *hinterland* del mundo musulmán, los venecianos —como los castellanos luego— procuraron tomar contacto con el insospechado mundo de los mongoles, acaso posibles aliados de los cristianos occidentales y en todo caso señores de las regiones de donde venían muy deseados productos, la seda entre otros: Marco Polo y sus hermanos cumplieron ese itinerario hasta el corazón de Asia. Pero los resultados no fueron positivos. Fruto de la agitación asiática fue la crisis del mundo de los Seldyucidas y la aparición del creciente poder de los otomanos, que ya en la primera mitad del siglo XIV habían dominado la Anatolia y puesto, finalmente, los pies en Gallipoli sobre la costa europea de los Dardanelos.

Ese nuevo poder trastornó todo el sistema comercial del Mediterráneo. Los otomanos vencieron en 1360 al imperio griego en Andrinópolis, y establecieron allí su capital a la espera de que cayera Constantinopla. Con la victoria de Kossovo en 1389 se aseguraron el dominio de casi toda la península de los Balcanes, y en 1396 vencieron en Nicópolis a los cruzados del rey Segismundo de Hungría, apoyados por la flor de la caballería francesa. Sólo la amenaza de Tamerlán, que los acosaba por la espalda y los derrotó en 1402 en Ankara, pudo obligarlos a detener su avance hacia el oeste. Fue por entonces cuando Portugal —el más occidental de los países de Europa— concibió la idea de buscar su propio mundo tropical y su propio Oriente, explorando las islas occidentales y la costa africana.

En realidad todo empezó a partir de las profundas transformaciones sociales que Portugal experimentó después de 1380, cuando llegó al poder la dinastía modernizante de los Avis, impulsada por un movimiento burgués. Un país que no había podido hacer frente a la flota castellana cuando puso sitio a Lisboa en 1372 por falta de recursos navales, se transformó en poco tiempo en una gran potencia marítima, sobre todo por el designio pertinaz de uno de los hijos del fundador de la dinastía, el infante don Enrique a quien se llamó el Navegante. que canalizó una tendencia de la nueva sociedad que se consolidó con el cambio dinástico. Desde su castillo de Sagres, en los Algarves, el infante acumuló y sistematizó la escasa experiencia existente sobre la navegación occidental, reunió la cartografía, capacitó las tripulaciones, organizó el saber náutico y perfeccionó la industria naval. Fue una afortunada campaña sobre Ceuta en 1415 lo que lo decidió a emprender esta tarea. Porque al tiempo que había liberado al comercio entre el Mediterráneo y el Atlántico de la amenaza de los piratas musulmanes, había tomado conocimiento de las tierras tropicales de la Guinea.

Cualquiera fuera el lugar donde estuvieran, las tierras tropicales parecían ofrecer insondables perspectivas. Dueños de las islas Madera alrededor de 1420, los portugueses tenían ya cuatro establecimientos al promediar el siglo, cuando se instaló el primer molino para la manufactura de la caña de

azúcar. Fuertes capitales internacionales intervenían en el desarrollo de las plantaciones y los ingenios, judíos y flamencos sobre todo, acaso genoveses. Ya en 1456 apareció el azúcar de las Maderas en el mercado de Bristol, y no mucho después en Constantinopla, en Venecia, en Génova y, sobre todo, en Amberes. que se transformaría en el gran emporio de la nueva riqueza de Portugal. Las plantaciones de caña y la industria azucarera se extendieron después a las islas Azores, que el gobierno portugués confió a capitalistas flamencos, luego a las islas de Cabo Verde y más tarde al Brasil. Entretanto, un nutrido tráfico de esclavos africanos había empezado a desarrollarse a partir de 1441, y tres años después funcionaba una compañía para la trata en la ciudad de Lagos, bajo la dirección del infante don Enrique. No mucho después se establecía en Lisboa, bajo jurisdicción real, la *Casa dos Escravos*, al tiempo que Castilla explotaba el mismo negocio en sus posesiones de las islas Canarias.

Pero los portugueses siguieron avanzando por la costa africana. Alcanzaron el cabo Bojador en 1434, y en 1441 llegaron al cabo Blanco, al sur del cual erigieron en 1448 el primer fuerte en la bahía de Arguim. Fue en esa zona donde iniciaron el tráfico esclavista que tanta importancia tendría para el desarrollo de las plantaciones. Entretanto, en 1445, llegaron a Cabo Verde, desde donde alcanzarían las islas de Cabo Verde. La muerte del infante don Enrique introdujo una pausa en las exploraciones, pero al reanudarse más tarde llegaron primero hasta la zona ecuatorial y luego en 1488, con Bartolomé Dias, hasta el extremo meridional de Africa. Una imagen deslumbrante del mundo tropical —la que Camoens elaboraría más tarde en *Os Lusíadas*— empezó a trabajar la mente de los portugueses, quienes muy pronto asociaron el tropicalismo, antes que nada, con el tráfico de esclavos. Por esa vía nacieron nuevas fortunas, se reactivó la agricultura portuguesa y pareció posible una colonización en gran escala de algunas regiones sobre la base de la mano de obra esclava.

Los castellanos tenían cierta tradición marinera en el Atlántico, pues su flota, —nada desdeñable en el juego político y militar de Europa— operaba generalmente desde los puertos de Galicia y Asturias. Por la época de los descubrimientos portugueses habían conseguido poner pie en Canarias, cuya conquista culminó con la ocupación de Palma en 1490 y de Tenerife en 1492, pero desde muchos años antes habían renunciado a competir con Portugal en el área africana, como quedó asentado en el tratado de Alcaçovas de 1479. Fue así como prestaron oídos a otros proyectos y apoyaron el de Colón que culminó en 1492 con el descubrimiento del continente americano.

En los diez años subsiguientes los españoles siguieron explorando afanosamente las costas del Caribe. Los portugueses, entretanto, lograron dar la vuelta al cabo de Buena Esperanza y tocaron Calicut, en la India, en 1498; y poco después, otra flota portuguesa mandada por Pedro Alvarez Cabral, que retomó el camino que acababa de iniciar Vasco da Gama, tocó las costas brasileñas en abril de 1500. Los hitos quedaban marcados. Un vasto esfuerzo económico y militar permitiría en pocos decenios construir los dos grandes imperios coloniales, el portugués y el español.

6. LAS SOCIEDADES QUE CREARON LOS IMPERIOS

Más que las coyunturas políticas y económicas en las que los imperios fueron creados, importa percibir el tipo de sociedad que se constituía desde tiempo atrás en cada uno de los países imperiales. Porque tanto Portugal como los reinos de Castilla y Aragón habían pasado por graves crisis en las remotas vísperas de la empresa transoceánica, y el ímpetu expansivo tuvo mucho que ver con ellas.

Fue en la segunda mitad del siglo XIV cuando se produjo el desencadenamiento de esas crisis, y los procesos que entonces se generaron fueron los que desembocarían fluidamente en una actitud expansiva que no podía satisfacerse en los caminos ya transitados sino en los incógnitos que se ofrecían más allá de los mares. Fue entonces cuando los grupos sociales, las estructuras económicas, los sistemas políticos y las ideologías empezaron a adquirir los caracteres que, madurados, impusieron su sello a la expansión.

La dinastía borgoñona naufragó en Portugal en la tremenda conmoción social que duró de 1383 a 1385. Típica revolución burguesa, recogió los hilos de la crisis de la sociedad tradicional e inauguró una nueva problemática tanto para las viejas como para las nuevas clases. Y de esa sacudida surgió con Juan I la dinastía de Avis, cuya política no podría librarse de las circunstancias originarias, puesto que ella misma encarnó la voluntad de cambio. Fue, en consecuencia, una dinastía modernizadora, dispuesta, sin duda, a satisfacer las aspiraciones de la nobleza tradicional, pero canalizándola dentro del esquema feudoburgués que proponían las nuevas clases.

Bloqueado Portugal en el norte y en el este por Castilla, no faltaron, sin embargo, quienes quisieron tentar la expansión en ese sentido, aprovechando los resentimientos de una enconada lucha dinástica. Pero,

tras duras e infructuosas experiencias, el tratado de Alcaçoras cerró esa posibilidad en 1479. Otros sectores, los que mejor representaban la mentalidad renovadora de la revolución de 1383 y de la dinastía de Avis, optaron por explotar las posibilidades que ofrecía el camino del Atlántico. Una estrecha alianza sellada con Inglaterra a partir de 1373 se complementó con el fortalecimiento de las relaciones entre los puertos portugueses y las ciudades flamencas. Pero esa activación comercial sólo satisfacía a los sectores mercantiles de cortas ambiciones. El Atlántico ofrecía mucho más y, sobre todo, lo ofrecía no sólo a los sectores mercantiles sino también a los sectores de la nobleza ambiciosa, empobrecida o a punto de empobrecerse, y especialmente de la pequeña nobleza —los hidalgos— que ponía sus esperanzas en la política renovadora de la casa de Avis. Fueron esas clases las que supieron constituir la alianza feudoburguesa que decidió explorar el Atlántico, las islas occidentales y, sobre todo, el continente africano.

Don Duarte, el segundo de los reyes de la dinastía de Avis, reconoció la existencia de una nueva sociedad. A la tradicional concepción tripartita —expresada reiteradamente en España por esa época—, según la cual se componía de "oradores, defensores y labradores", el rey portugués oponía, en su obra *El leal Consejero*, una división de la sociedad mucho más diversificada: oradores, defensores, labradores, pescadores, oficiales y menestrales. Pero lo importante es que cada una de esas clases había tomado una fisonomía nueva y singular. A la antigua nobleza empobrecida y agotada había sucedido una nueva nobleza —la que encarnaba el condestable de Juan I, Nuno Alvares Pereira—, ávida de tierras, honores y riqueza, que jaqueaba a la corona exigiéndole donaciones u oportunidades de conquistar bienes. Y en sus últimos escalones se constituía una multitud de *fidalgos mancebos*, desposeídos en virtud del principio del mayorazgo, recelosos de emprender ciertas actividades para no comprometer su condición nobiliaria, y que aspiraban a que la corona les abriera horizontes para ganar las tierras que no tenían.

Pero las tierras estaban en crisis en Portugal. Un acentuado éxodo campesino las dejaba sin cultivar, mientras crecían en las ciudades no sólo una burguesía próspera sino también sectores medios y populares casi miserables. Dos políticas se esbozaban en la primera mitad del siglo xv, representadas por dos de los hijos de Juan I: una, la del infante Enrique el Navegante, que procuraba la expansión ultramarina de Portugal —"desangrándolo", según decían sus adversarios— y otra, la del infante don Pedro, que fue regente de su sobrino Alfonso V, que pugnaba por una intensificación de la agricultura y de la pesca, del comercio marítimo, del tráfico de esclavos, de metales y de especias. La primera parecía atraer a los nobles y la segunda a la burguesía. Pero las dos políticas resultaron coincidentes, a medida que los estratos inferiores de la nobleza se aproximaron a los grupos mercantiles —portugueses e internacionales— que avanzaron en la conquista y colonización de las islas y las costas africanas. No fue en Ceuta ni en Marruecos —conquistado por Alfonso V— donde lograron canalizarse estos intereses paralelos: fue en las islas del Atlántico, donde empezaron las plantaciones y la industria azucarera; fue en el Africa, donde prosperó el tráfico de esclavos; fue en el vasto imperio oriental erigido por Gama, Almeida y Albuquerque, donde se montaron negocios fabulosos y efímeros; pero fue sobre todo en el Brasil, especialmente después de 1530, donde una explotación metódica creó una inmensa riqueza por obra de los "señores de ingenio", esto es, hidalgos trasmutados en empresarios, sostenidos con el aporte de los capitales que les proporcionaban los intermediarios flamencos y judíos que comercializaban su producción.

Distinto fue el caso de Castilla, estado atlántico hasta mediados del siglo XIII y desde entonces mediterráneo también. Una burguesía de cierto empuje había crecido desde el siglo XI en muchas ciudades que, a su vez, habían recibido directa o indirectamente el impacto de la reactivación comercial, gracias al cual un tráfico interregional y marítimo comenzó a desarrollarse. Pero el vigor de las viejas aristocracias era mucho mayor, y crecía no sólo cuando las necesidades de la defensa frente a los musulmanes obligaban a la corona a convocarla, sino cuando las crisis internas —minoridades o guerras civiles— las dejaban dueñas de la situación. No pudieron las burguesías sobreponerse a ellas, ni siquiera cuando se estrecharon los vínculos con la monarquía; porque aunque se fortalecieron, trabajó su estructura interna no sólo el poder real, celoso de su ascenso, sino también su propia dinámica interior, pues muchos de sus miembros prefirieron la riqueza raíz y eventualmente los honores de la caballería villana o de la hidalguía a las aventuras mercantiles.

Con todo, la alianza con la monarquía tonificó su poder. Pero no fue eso lo importante en su forcejeo con las viejas aristocracias. Lo grave fue que, aun con poder, no tuvieron las burguesías un proyecto capaz de atraer a la aristocracia, ni en la línea de expansión cantábrica ni en la mediterránea. En ambos ámbitos la burguesía castellana había llegado tarde y sólo realizaba operaciones de rutina, muy distintas, por cierto, de las que la burguesía catalana ofreció a los caballeros aragoneses cuando se constituyó la unión de los dos estados en la primera mitad del siglo XII. Por eso surgió allí una sociedad feudoburguesa que tardaba en constituirse en Castilla.

De todos modos, el intento tenía posibilidades mientras se mantuviera un cierto equilibrio entre la burguesía, apoyada por la corona, y la aristocracia. Pero dejó de tenerlas cuando, poco antes de que triunfara en Portugal la dinastía modernizadora de Avis, se precipitó un cambio inverso en Castilla al caer asesinado Pedro I en 1368 por mano de Enrique de Trastámara, su hermano bastardo aliado a Francia. Pedro I había extremado la política antinobiliaria, apoyado en los sectores que tenían los mismos adversarios que él. Y la dinastía de los Trastámara sirvió, en cambio, los intereses de la aristocracia y dejó que sobreviniera una verdadera restauración feudal: nuevas y reiteradas donaciones a los señores debilitaron la hacienda real y transfirieron numerosas ciudades de realengo al poder de los señores.

El viraje fue grave, porque desde entonces se dislocó aún más la política de un país —Castilla— que estaba obligado a jugar en el ámbito de dos economías, acaso en crisis las dos. Los Trastámara carecieron de visión económica y acompañaron el destiempo y la miopía de una aristocracia que no entendía el mundo mercantilista que se constituía y que no estaba dispuesta a ceder el paso a quienes podían entenderlo mejor: una burguesía que, como lo probó en las Cortes de Madrigal de 1438, parecía tener algunas ideas claras sobre la situación y los mecanismos operativos que empezaban a prevalecer. Porque ceder el paso era ceder una parte del poder, y la aristocracia de la época de los Trastámara demostró que era lo único que no estaba dispuesta a hacer. Enfrentamiento entre grupos nobiliarios, problemas dinásticos y las guerras civiles e internacionales que se derivaban de tales cuestiones coincidieron con las preocupaciones latentes por la presencia de los moros en Granada para impedir cualquier intento que significara una apertura, fuera del muy modesto de las islas Canarias.

Los estados levantinos, entretanto, habían ido mucho más lejos desde que el estado territorial de Aragón se uniera a Cataluña en 1137 en época de Ramón Berenguer IV. La comunidad de intereses de la alianza feudoburguesa facilitó la política agresiva de las burguesías catalanas en el Mediterráneo, que desembocó en vastas empresas territoriales y mercantiles: la conquista de las Baleares entre 1229 y 1235, la conquista de Valencia en 1238, la ocupación de Elche y Alicante en 1266, regiones todas donde hubo tierras para los señores y que quedaron incluidas en el área cada vez más amplia de las operaciones comerciales que presidía Barcelona. Esa política no se detuvo. A fines de siglo XIII Pedro III se apoderó del reino de Sicilia, y poco después se desplazaban los almogávares por el Mediterráneo oriental constituyendo estados cuya soberanía reconocería Pedro IV de Aragón. Y mientras se debatía el problema de la ocupación real de Córcega y Cerdeña, Alfonso V conquistó el reino de Nápoles en 1432. Una cerrada red mercantil creció cada vez más en el Mediterráneo occidental. Fue la época de oro de la burguesía barcelonesa, porque Barcelona era la principal beneficiaria de la intensificación del tráfico dentro de un circuito que ella controlaba. Ascendente en poder económico y en prestigio interno e internacional, la burguesía barcelonesa aspiró a acentuar la autonomía de que disfrutaba en el sistema política de la Corona de Aragón, y comenzó a pensar en la independencia del Principado de Cataluña al morir Alfonso V en 1458. En rigor, se trataba de disolver la alianza establecida tres siglos antes por Ramón Berenguer IV entre las ciudades marítimas y el reino territorial que constituía su *hinterland*, o sea disolver la alianza feudoburguesa que estaba en la base de la sociedad del ámbito político y económico de la Corona de Aragón. Cataluña —Barcelona, fundamentalmente— encabezó la revolución separatista en 1462, pero la sociedad feudoburguesa estaba demasiado comprometida con la estructura total del reino —tanto la territorial como la mercantil— y resistió el intento de secesión. Cuando la revolución fue definitivamente vencida en 1472, quedó reconstituida la alianza o, mejor, quedó reconocido el hecho de que la alianza era irreversible en el reino de Aragón; y el sistema político y económico que integraba quedó consolidado a fines del siglo xv por la campaña de reunificación de Nápoles emprendida por Fernando el Católico.

La unión de Castilla y Aragón, consagrada con el matrimonio de Isabel y Fernando en 1469, pareció inaugurar una nueva etapa. Vivas las experiencias de las últimas guerras civiles en ambos reinos, Isabel y Fernando intentaron y lograron reducir las tendencias insurreccionales de la aristocracia, al mismo tiempo que ordenaban jurídicamente la situación de las burguesías, a las que, por lo demás, se les ofrecerían seguridades y estímulos para su desarrollo. En un último intento decisivo, se desencadenó la ofensiva contra Granada que concluyó con el aniquilamiento del último reino musulmán de la península y la incorporación de su territorio a Castilla. En el mismo campamento de Santa Fe, desde donde se había dirigido la guerra, se firmaron las capitulaciones con Cristóbal Colón para que iniciara su viaje transatlántico. Y poco después, según deseos expresos de la reina Isabel, el cardenal Cisneros inició la conquista del Magreb con la toma de Orán.

Esa aristocracia que había sido sometida sin contemplaciones en Castilla, y que finalmente había acudido a la corte de los reyes para obtener sus favores, no era ya la misma que había sostenido la política feudalizante de los Trastámara, que había resistido, y vencido al fin, el intento centralizador de Alvaro de

Luna, y hasta había resistido en un comienzo a los reyes católicos. Era, en rigor, una aristocracia políticamente vencida, pero que conservaba gran parte de su poder social y económico. Sobre todo conservaba su prestigio como estrato social supremo, prestigio que no había podido socavar la formación de grupos mercantiles ni había sido alterado por la gravitación de las nuevas formas de riqueza. Sometida políticamente, siguió predominando cuando la monarquía hizo el ajuste de las fuerzas que la apoyaban, precisamente porque reprimió las pretensiones de las burguesías, a las que además asestó un duro golpe cuando expulsó a los judíos y destruyó todo el sistema de conexiones con la red mercantil y financiera que operaba en Europa.

Aún le quedaba a la burguesía castellana sufrir los embates de sus rivales de Flandes y Alemania, protegidas por la alianza de los Reyes Católicos con los Habsburgo. Pero ya estaba probado que no podía levantar cabeza frente a la aristocracia. Su imponente presencia había empujado hacia la tierra a vastos sectores que, en otras circunstancias que no fueran las de la reconquista, se hubieran inclinado por las actividades mercantiles e industriales y las hubieran reforzado: eran los caballeros villanos o ciudadanos, que desde largo tiempo habían asumido en Castilla el gobierno de los municipios. Pero, además, la aristocracia trasvasaba su prestigio hasta sus más ínfimos escalones, los hidalgos primero, y los que lograban hacerse hidalgos y acaso los que se hacían pasar por tales. Fue para este sector, precisamente, para el que pareció no haber salida en la estructura económica y social de España. No hubo muchas mercedes para los pequeños hidalgos de Extremadura, Castilla, León o Andalucía misma después de la conquista de Granada, sobre la que tenían puestos los ojos voraces las grandes familias nobiliarias, verdaderos poderes insaciables a las que la corona domesticaba enriqueciéndolas. Quizá pensó en esos hidalgos la reina Isabel cuando formuló el programa de expansión de España hacia el Magreb, que inició el cardenal Cisneros. Y quizá pensó en las clases populares, urbanas y rurales, que se apretaban dentro de una estructura económica rígida y sin horizontes.

En esa misma línea se inserta el apoyo al proyecto de expedición transoceánica. Los éxitos portugueses —éxitos económicos, sociales— preocupaban a la nueva monarquía española. Pero también preocupaban los problemas sociales y económicos que quedaban planteados, sobre todo en Castilla, después de la recuperación final de todo el territorio español. Momento difícil de la economía, tanto en el área atlántica como en el área mediterránea, las clases no privilegiadas —inclusive las que sólo eran nominalmente privilegiadas— no tenían acceso a la tierra, monopolizada por las grandes familias. La industria y el comercio tenían escasas perspectivas para las burguesías españolas en un mundo que se cerraba —el Mediterráneo— o en un mundo que estaba regulado de manera férrea desde hacía algunos siglos y que avanzaba cada día más en esa férrea regulación, como era el Atlántico. Una vez más la expansión hacia la periferia parecía la única solución, y España la halló, como la hallaría Portugal, en un momento crucial de su desarrollo.